

EL FENIX DE DOS CARAS

El diablo ha vuelto. Lo ha dicho nada menos que el Papa. En su homilía pastoral del 15 de noviembre, Pablo VI asumió un tono trágico al referirse al «demonio». «Ese individuo tan eficaz —dijo el Papa— es capaz, por su "prodigiosa astucia", de sembrar "errores y desgracias en la historia humana"...». Los de la mayoría silenciosa, que no entendían bien por qué en Italia «todo marcha mal», disponen ya de una explicación sólida: el diablo, terror milenarista y oscurantista, está otra vez entre ellos. «En el fondo —bromea el periódico izquierdista "Il Manifesto"— se trata de una lucha entre el Diablo y los pobres diablos». Y el periódico añade: «Después de la encíclica "Populorum progressio", he aquí la "Populorum regressio"...».

Pero ¿se trata de algo sobre lo que se pueda bromear? No exactamente. Porque, al reafirmar la existencia del diablo, el Papa ha concedido celeste aprobación al viejo «poujadismo» antiobrero de las clases medias y al actual viraje a la derecha del Gobierno.

¿Quién resulta así perjudicado? Los seis millones de trabajadores y sus Sindicatos, que multiplican, desde septiembre, las huelgas rotativas destinadas a conseguir la renovación de los contratos. Sin embargo, el Papa ha omitido algo bastante importante: esa sociedad italiana que se «disuelve», por pura perversidad diabólica evidentemente, no cesa, a diferentes niveles, de inventar continuamente algo nuevo.

«Dígame, Gianna, ¿no estarán los Bancos hoy en huelga por casualidad? Necesito dinero», preguntaba el miércoles pasado un pequeño industrial romano a su secretaria. Broma «poujadista» —o «qualunquista», como se dice en Italia—, típica de la clase media. Los ejemplos se multiplican. Un representante de tejidos afirmaba el viernes pasado en el tren de Roma a Milán: «No se sabe a qué hora se saldrá, ni tampoco a qué hora se va a llegar, y uno, lógicamente, se pregunta si no habrá, por casualidad, una bomba en el vagón en que viaja...». La crónica de la «Pista negra» de los fascistas y la de las huelgas constituyen el doble rostro de la Italia de 1972.

Depósitos de armas

Débiles desde el punto de vista electoral, los fascistas del MSI (Movimento Sociale Italiano) han conseguido organizar una «centrale nera» con ramificaciones que van desde Roma hasta

Reggio, y desde Venecia hasta Milán. El 26 de noviembre, los «carabinieri» descubren la subcentral de Camerino: depósito de armas y de explosivos; grupos de estudiantes ligados a ciertos movimientos griegos de extrema derecha. Batidas efectuadas en los montes Sibillini revelan la existencia de escondites de armas y campos de paracaidistas. Al atacar los Liceos progresistas, las sedes de los partidos izquierdistas y los trenes de trabajadores (mediante bombas de plástico), los pequeños fascistas italianos crean cierto clima de inseguridad. Enarbolados como espantados por la democracia cristiana, los misinos sirven en realidad para presionar sobre las luchas obreras.

Hoy se sabe oficialmente que fueron ellos los responsables del atentado de diciembre de 1969, que causó 16 muertes en Milán. Se sabe esto y, sin embargo, Pietro Valpreda, el «ballerino anarcho», lleva ya tres años pudriéndose en la cárcel a pesar de su estado semiparalítico. Es verdad que se está discutiendo una ley que reduciría la duración de la detención preventiva y permitiría poner a Valpreda en libertad provisional. Para provocar una aceleración en los debates, los 400 detenidos «provisionales» de la cárcel Regina Coeli, en Roma, hicieron recientemente una huelga de hambre. Quieren ser juzgados. Algunos llevan ya cinco años en la cárcel. Quien se pasee el sábado por la tarde por el Janículo (que domina la Re-

gina Coeli) presenciará un espectáculo increíble: los «pregoñeros» oficiales gritan los mensajes dirigidos a los detenidos por sus familias: «Mensaje para Francesco X. El tío te pide que le escribas. Tus hijos van bien..., etcétera».

«Basta»

Y mientras tanto, el Gobierno Andreotti (demócrata-cristiano) aprueba tranquilamente un proyecto de ley que autoriza a la Policía a detener a toda persona «cuyo comportamiento haga temer que pueda cometer delitos punibles». Así se castiga el «delito de intención». Y al mismo tiempo, para reforzar el poder de sus empleados, el Gobierno decide, el 15 de noviembre, multiplicar por dos e incluso por tres el sueldo de los altos funcionarios. Los embajadores, que ganaban, el 1 de enero de 1971, 6.000.000 de liras (unas 600.000 pesetas) anuales, ganarán 14.000.000 a partir del primero de diciembre. Los prefectos pasan de 5.900.000 liras a 12.500.000. A los superburocratas no se les ha regateado nada. «Es un insulto para las masas», titula «L'Unità», periódico del PCI.

Manipulación de los fascistas, exaltación del diablo, proyectos de ley antidemocráticos: apuntan, sin embargo, otros signos reveladores de un viraje hacia el orden. En una recepción concedida recientemente a los dirigentes de los tres Sindicatos italianos (CGIL, CISL y UIL), Giulio

Andreotti, presidente del Consejo, declaró sin ambages que hacía suya la «plataforma» de los patronos: orden, tranquilidad, aumentos salariales; pero, a cambio, no más huelgas y una reglamentación de todo lo que, desde el otoño de 1969, ha bullido en la vida política italiana. «Tres años bastan», piensan unánimemente patronos y ministros, echando así los cimientos de una contrarreforma.

«La economía italiana va mal, muy mal», dicen en coro, como si trataran de excusarse. Giovanni Agnelli, cincuenta y dos años, P-DG de la Fiat, se lamenta públicamente de que el beneficio de los empresarios sea «igual a cero». El índice de expansión ha descendido del 11 por 100 de los años «japoneses» al 2 por 100 actual. Giuliano Valle, cuarenta y un años, director de la Federmeccanica (Asociación Patronal de la Metalurgia), se lamenta del absentismo de los trabajadores y de los diecisiete días feriados que entorpecen, a lo largo del año, la producción italiana: «Cuando cae en jueves una fiesta, se puede estar seguro que el viernes faltarán al tajo el veinticinco por ciento de los obreros. No hay seriedad». ¿Qué hacen esos obreros que se ausentan del trabajo? Se pascan, juegan a las cartas. ¡Increíble! «Y sus Sindicatos quisieran además —añade Valle— cincuenta horas anuales pagadas por los patronos para la supuesta formación cultural de los obreros» ¿Para qué? Durante las recientes negociaciones entre

En Roma se organizaron marchas de protesta por los atentados de que fueron objeto nueve trenes que transportaban a obreros a la concentración de Reggio Calabria.





La Policía echa abajo una barricada durante las manifestaciones obreras de Reggio Calabria.

el patronato y el Sindicato metalúrgico, un patrono formuló su hipótesis: «Tal vez aprenderán a tocar el clave». «¿Y si quisiesen aprender a tocar ese instrumento?», le replicó un sindicalista. El dottore Valle rumia una contestación. Su bestia negra tiene un nombre: Sindicato Unificado de la Metalurgia (FLM), representante de una vanguardia obrera que lleva a cabo desde el otoño de 1969 las luchas más avanzadas y que se ha convertido en punto de mira del mundo político e industrial. «Son unos soñadores —afirma Valle—. Prueba de ello es que reclaman la igualdad entre obreros y empleados, cuando unos y otros están separados incluso en el Código Civil...».

Tres almas

Es verdad que la FLM frustra continuamente el juego político clásico. No deja de ser sintomático el que sus dirigentes sean calificados de «vietcongs» por la prensa burguesa: porque son capaces de negociar mientras continúan el combate. El 21 de octubre, este Sindicato atacó directamente al Estado organizando una «marcha roja» sobre el Mezzogiorno. Su objetivo era afirmar la solidaridad de los obreros del Norte del país con los parados o víctimas del subempleo del Sur, así como exigir la apertura inmediata con las empresas públicas (IRI, ENI, etcétera) de unas negociaciones capaces de definir un nuevo modelo de desarrollo para el Mezzogiorno.

Fue aquella la expedición a Reggio Calabria, a donde llegaron por tren o barco, y a despecho de diversos atentados, 50.000 metalúrgicos que desfilaron durante varias horas en esa capital del fascismo (36 por 100

de los sufragios en las elecciones del pasado mayo). Desde entonces se multiplican las iniciativas en pro del Mezzogiorno. Manifestación de 100.000 metalúrgicos en Milán, el 22 de noviembre. Conferencia de las regiones del Sur, los días 1, 2 y 3 de diciembre, en Cagliari, donde se constituyó un «frente común» de las regiones meridionales. Conferencia de los tres grandes Sindicatos los días 5, 6 y 7 de diciembre, en Nápoles. Toda Italia vive actualmente el problema del Mezzogiorno.

El Sindicato metalúrgico ha demostrado claramente que el subdesarrollo y la miseria de la «gente del Sud» no es un simple accidente fruto del azar, una fatalidad, sino el problema político cardinal de toda Italia. El Norte recluta en el Sur su mano de obra y la aloja en las periferias miserables de Turín, Génova o Milán. Equivale a la Mezzogiorno a una mano de obra inmigrada. Todavía hoy pueden verse en los apartamentos de alquiler en Turín pancartas en donde se especifica: «Meridionales, abstenerse». Racismo, explotación en la fábrica y, cuando la economía va mal, paro. (Hay actualmente, según los Sindicatos, 1.400.000 parados; 800.000, según el Gobierno). Cuando la situación empeora en el Norte, los meridionales vuelven otra vez a su Mezzogiorno originario para descubrir que las pocas plantas industriales allí instaladas —la fábrica de automóviles Alfa-Sur, por ejemplo—, lejos de crear puestos de trabajo, agravan, por paradójico que esto parezca, el problema del paro. En una primera fase, el tiempo que dura la construcción de la fábrica, los campesinos abandonan sus pobres tierras, acuden de los pueblos circundantes, se transforman en al-

bañiles y viven como mejor pueden. 60.000 personas se vieron atraídas, en 1967, por las maravillosas perspectivas que parecía ofrecer la Alfa-Sur. Actualmente no hay más que 15.000 puestos de trabajo reales en esa fábrica. ¿Qué ha sido de los campesinos metidos a albañiles en aquella primera fase? Hoy son otros tantos parados. ¿Qué fue de las pequeñas industrias? Cerraron. ¿Qué propone la FLM? Que las grandes industrias del Estado, que controlan el 50 por 100 de la economía italiana, se lancen a la reestructuración del sistema, que el Sur consiga una auténtica reforma agraria, así como la creación de industrias de transformación (electrónica, transformación de productos agrícolas, industrias mecánicas) en lugar de esas «catedrales en el desierto» que son las pocas implantaciones siderúrgicas existentes.

Así, partiendo de los intereses particulares del millón y medio de metalúrgicos, el FLM ha puesto crudamente de relieve las contradicciones de la sociedad italiana: después de «contestar» las condiciones de trabajo en las fábricas, el Sindicato ha pasado a discutir otros problemas candentes, como son los transportes, la vivienda, la salud y el que plantea la situación del Mezzogiorno del país (de donde proceden gran número de obreros). A través de la actual polémica en torno al Mezzogiorno, muchos se preguntan si podrá seguir evitándose aún durante mucho tiempo un enfrentamiento de clases. Pues a un lado están la violencia fascista, el orden político, el patronal y el moral, y enfrente, la clase obrera «y sus aliados», como dicen los comunistas. Dos Italias se oponen entre sí, dos Italias muy distintas una de otra, dos Italias de intereses divergentes: la Italia

«mafiosa» y la de los «consejos obreros».

Pero ¿quién es capaz de asumir el alto nivel de las luchas obreras? ¿Qué partido garantiza la asunción de los métodos y objetivos de la «izquierda sindical»? Porque, a fin de cuentas, esa clase obrera decidida, dueña de sí misma, expresa una fuerte «demanda política», y el resultado político de su combate puede parecer actualmente algo ridículo.

¿Razones? Múltiples. La izquierda italiana está dividida. Como afirma Giorgio Amendola, miembro del buró político del PCI, son tres las formas que presenta la oposición: los católicos de izquierda (400.000 afiliados, los socialistas (500.000) y los comunistas (1.600.000). Comunistas que no cesan de crecer (al PCI lo llaman ya «partitone»), y que continúan apostando por el «cambio de rumbo democrático», al tiempo que apoyan las luchas.

Una red

Comunistas, por otro lado, fundamentalmente heterogéneos. Aquí se dice que el PCI tiene tres almas: «el alma Amendola», tradicional, frentista, prosoviética y preocupada por su respetabilidad; «el alma Berlinguer», secretario general del partido, un alma centrista, fluctuante e indecisa. Y por último, «el alma Ingrao», que parece apostar por la reestructuración de las fuerzas políticas bajo el impulso de las luchas sindicales.

Otra razón que explica «el retraso político» con respecto a las luchas: muchos de los que comulgaron con los objetivos de la «izquierda sindical» —los católicos de izquierda en particular— han vivido, desde 1969, convencidos de que por fin había «llegado la hora». Es decir, pecaron por exceso de confianza. Quisieron ir demasiado de prisa. «Hemos despreciado en cierto modo —afirma Emilio Gabaglio, uno de los dirigentes de los ACLI (católicos de izquierda)—, el diálogo con las fuerzas políticas clásicas. Hemos apostado por una sedicente clase obrera «pura», al margen de los partidos. Hemos exaltado la autonomía sindical como fin en sí. Y nos hemos engañado». Porque un alto porcentaje de luchas no desemboca necesariamente en una transformación política total de la sociedad.

Así es que hoy todos se preguntan qué resultados se obtendrá con las luchas sindicales. Pero al mismo tiempo todos son conscientes de que algo importante y auténtico, algo nuevo y vivo se ha tejido en la sociedad política italiana. Una red de consejos de fábrica (6.000, aproximadamente, en las industrias metalúrgica, textil, química, de la alimentación), de consejos de zona, de consejos de barrio y comités populares. Núcleos de poder que hoy por hoy nada parece capaz de aniquilar. De esta red, infinitamente rica, no nacerá ningún Gobierno de recambio. Pero ¿acaso es éste un problema que se plantea la gente de los «consejos»? ■ MARCELLE PADOVANI.